

Domingo 2 Adviento. Año A

Lectio divina sobre Mt 3,1-12

Convencido de que el reino de Dios estaba por venir, Juan Bautista se dedicó a anunciar su venida: a quien quisiera oírle, le proponía la conversión personal como forma de prepararse al encuentro con Dios, rey soberano. El impacto que tuvo su figura y su predicación entre sus contemporáneos fue enorme: a pesar del rigor de su vida y la severidad de su mensaje logró suscitar en Israel un amplio movimiento de renovación, que llegó a sobrevivirle y a competir, incluso, con los cristianos de la primera hora. Su persona y su mensaje prepararon – es un hecho histórico – la venida de Jesús de Nazaret, en quien el reino se hizo presente. Preparándose a recordar la venida de Jesús, la comunidad cristiana quiere volver a sentir su voz. En ella se sigue percibiendo la urgencia de dar el giro a nuestras vidas que permita a Dios acercarse de verdad a nosotros.

Por aquel tiempo, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea, predicando:

-«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.»

Éste es el que anunció el profeta Isaías, diciendo:

«Una voz grita en el desierto: "Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos."

Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y del valle del Jordán; confesaban sus pecados; y él los bautizaba en el Jordán. Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizará, les dijo:

-« ¡Camada de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente?

Dad el fruto que pide la conversión. Y no os hagáis ilusiones, pensando: "Abrahán es nuestro padre", pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras.

Ya toca el hacha la base de los árboles, y el árbol que no da buen fruto será talado y echado al fuego.

Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí puede más que yo, y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. Él tiene el bieldo en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Ya en la más antigua tradición cristiana (Hch 10,37) la figura y la misión del Bautista antecede y prepara la aparición de Jesús. Y de hecho, cuando esta tradición se haga relato en el evangelio, la crónica de la vida y muerte de Jesús será precedida por la crónica del ministerio del Bautista. Tan decisiva consideraban los primeros cristianos la predicación de Juan en el desierto que, con ella, iniciaron los cuatro evangelios.

Entre ellos el de Mateo es el que presenta al Bautista en mayor sintonía con Jesús: su ministerio inauguró el reino (Mt 11,2-19), su mensaje es idéntico al de Jesús sobre el reino (Mt 3,2; 4,17). Pero si el Precursor no es el Esperado – la voz en el desierto no es la Palabra de Dios – para ser esperado el Cristo, antes ha de ser anunciado: para que su venida esté preparada, tiene Jesús necesidad de ser precedido.

Mateo identifica al Precursor, primero, con un mensaje, el mismo – ni más ni menos – que el predicará el Hijo: una conversión a Dios que se hace indemorable porque el reino está por llegar. No hay que convertirse, pues, porque uno sea malo o no suficientemente bueno, sino porque Dios quiere reinar sobre todos. Es el deseo de Dios se convertirse en soberano de su pueblo lo que obliga a los suyos a convertirse a Él.

Al mensaje identificador, Mateo añade, como segundo rasgo típico del Precursor, su estilo de vida profético: su forma de vestir y de comer recuerda la de Elías (2 Re 1,8), su mensaje cumple lo anunciado por Isaías (Ix 40,3). La elección del desierto como lugar de misión y de la mejora del camino de Dios como mensaje lo cualifican como Precursor del Mesías.

La dura, incondicional, diatriba dirigida a quienes se dejaban bautizar sin mostrar conversión verdadera es el tercer rasgo que distingue al Bautista. Sin retornar a Dios, Dios no retornar; sin sometimiento absoluto a su voluntad, Él no puede inaugurar su reinado. De nada sirve ilusionarse con ser hijos de Abrahán, se incluso de las piedras pueden nacer los hijos...

El última nota característica es el anuncio de un nuevo bautismo: el Espíritu del Señor y su fuego serán don para quienes sean bautizados por el que aún ha de venir, de quien el Bautista no es más que un siervo.

La presencia del Bautista señaló la cercanía de Jesús. El profeta presintió la inminencia del Reino de Dios y exigió una conversión radical, que no podía ser retrasada, que debía ser tangible, empezando por la pública aceptación del bautismo. Para sentirse llamados a un cambio de vida habría que convencerse de la proximidad del día del Señor; no prepararse a él no nos libraría de su rigor ni del juicio por venir. Perder el tiempo de espera en excusas no nos exculpará delante del Señor, cuando llegue; pensar en la conversión que debemos a Dios es la mejor manera de prepararse a su venida y a nuestro bautismo con el Espíritu.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Un sola razón aducía Juan para llamar a la conversión: la cercanía de Dios; la inminencia de su reinado obligaba a quien lo deseara a *vivir según los deseos de su Dios*. Es revelador que el Bautista propusiera *el cambio radical de vida como modo de esperar al Señor* que viene ya de camino: *quien espera a Dios ha de tener manos y corazón ocupados en su propia conversión*. Caminar hacia lo que Dios espera de nosotros cuando llegue, esforzarse por lograr cuanto Dios desearía encontrar en nosotros el día en que nos encontremos con Él, acercamos siempre más a todo lo que Él quisiera ver en nosotros el día que venga, llenaría de contenido y de tareas el tiempo de la espera de Dios y realizaría nuestra conversión a él.

Pero la voz del Bautista, hoy como en sus días, sigue *clamando en el desierto*. Pocos de los que decimos estar esperando a Cristo Jesús, nos sentimos dispuestos a cambiar de conducta sólo porque el Señor quiera venir a nosotros. Que sea Él quien se acerca a nosotros, puede que nos halague: nos agrada darnos cuenta de que valemos tanto ante Dios como para moverle hacia nosotros; pero no vemos muy bien por qué tenemos que ponernos en camino nosotros, por qué debemos cambiar de vida, tan ricamente como estamos, si no somos nosotros los que hacemos el viaje. *No parece una buena razón tener que preparar un viaje que no vamos a realizar nosotros, ni allanar un camino que no estamos pensando en hacer. Y por eso mismo, Dios no termina por aparecer en nuestro horizonte ni en nuestras vidas. Rehuyendo la debida conversión a Dios, estamos obligándole a que desaparezca poco a poco de nuestra vista y de nuestro corazón.*

¡Y pensar que Dios, para venir, no nos exige demasiado! Puesto que está por venir, sólo pide que preparemos el encuentro echándole de menos... Que le aguardemos con menos paciencia, cuanto más le echamos en falta. Hoy la conversión a Dios pasa inevitablemente por nuestra conversión a la esperanza. Que, *como personas*, haya poco en nuestras vidas que justifique nuevas ilusiones o merezca nuestras penas, que apenas encontremos en nosotros - en lo que ya hemos logrado ser - razones para la esperanza, hace aún más urgente nuestra espera del Señor. Que, *como cristianos*, no estemos demasiado contentos con nosotros mismos, con la vida de fe que llevamos, con los resultados que obtenemos, podría ser el punto de partida para ponemos a esperarle de nuevo y de verdad.

Nadie espera lo que no se echa de menos. Una manera eficaz de preparar su llegada sería, pues, avivar la conciencia de la falta que nos está haciendo Dios. Saberle a Él ya en camino debería ponernos en estado de conversión, lanzados en su búsqueda, en movimiento de retorno hacia Él. “Convertíos, porque el Reino de Dios está cerca”, proclamó el Bautista; y lo mismo repetirá Jesús después. Nosotros, en cambio, *no nos creemos que sea tan necesario cambiar de vida; llegamos a pensar incluso que, por más urgente que fuera, no nos sería posible*. Es como si Dios no nos pudiera pedir un cambio radical de vida a nuestra edad, en nuestra situación, tras haberlo intentado tantas veces.

La verdad es que *no nos dejamos querer por Dios, cuando nos negamos a creer que pida algo más de nosotros, que nos quiera mejores*: si nos viéramos a la luz del querer de Dios, nos sentiríamos mejor queridos por Él. Si aceptáramos las exigencias que Dios mantiene sobre nuestra vida, se nos impondría como inevitable, indemorable, el retorno a El. Nos solemos contentar con lo que damos a Dios, porque olvidamos lo que Él nos pide; no recordando cuanto desea de nosotros, no nos sentimos deseados por Dios. Y quien no sabe lo que Dios le ama, quien no puede entender que Dios le desee, quien se cree que Dios quiere serle cercano, y que por ello está ya de camino, no encontrará ilusión en iniciar su conversión a Dios. Sólo si, y siempre que, nos sintamos queridos por Dios, encontremos las fuerzas para allanar sus caminos. Desesperar hoy de poder ser mejor supondría perderse mañana al mejor Dios.

No hay tiempo que perder: si Dios está decidido a venir, no hay razón para retrasar su llegada ni nuestra conversión. *Cada día que retrasamos nuestra conversión, retrasará la llegada de nuestro Señor*. Debemos al mundo en que vivimos, a la gente entre la que vivimos, nuestra propia conversión. Sólo así se les hará fidedigna nuestra esperanza; sólo así nuestro estilo de vida y nuestra predicación lo anunciará cercano. *Este mundo nuestro que se cree abandonado de Dios, esta gente nuestra que no logra creerse que Dios se interesa por ella, empezará a creer en que Dios está por venir, si nos ve a nosotros ilusionados por hacernos mejores, ocupados de lleno en nuestra propia conversión*. Hacer patentes a los demás nuestras ganas de mejorarnos y de mejorar el mundo hasta que venga nuestro Señor, sería la única manera digna de convencerle de que está ya de camino.

Pidamos al Señor que nos dé muestras de su cercanía, para que no nos resulte tan difícil esperarle; y ya que ha iniciado su retorno, roguémosle que inicie en nosotros la conversión que espera de nosotros.